á él le encantaba aquella libertad. Y, sobre todo, delante de un cura, aunque éste fuera de tan dudosa virtud como el Pare Benet, bien se podía....Confianza tendrían en sí mismas las muchachas de pueblo cuando sín miedo alguno seguían la costumbre....
¡Ea! ¡Viva la República!

VII

Estaba Perico en lo mejor del sueño cuando le despertó su hermano Basilio con una brusca sacudida. Había manifestado el día antes que deseaba ir con su padre y sus hermanos á la viña de Contralven, remoto y baldío terreno que lindaba con el distrito de Capellades, el cual terreno habíase de plantar de nuevo con cepas americanas, pues olvidado estaba de arado y arpiots desde que pourrió la catástrote de la filoxera.

Los buenos payeses abandonan el amo-

roso calorcillo de la cama mucho antes de que despunte el alba. Perico, que era dormis lón como el que más, al manifestar por la noche del día anterior sus deseos de madrugar, tuvo que sufrir mil bromas que le gastó toda su familia, apropós to de su incorregible pereza. ¡Qué había de madrugar! ¡Imposible! Se le pegaban siempre las sábanas. ¡Si dormía más que el yeso! ¿A qué se arrepentía tan pronto como le despertaran?....

Procuraba Perico parecer valiente y se acostó temprano, pensando en despertaese á las cuatro de la madrugada. Pero he aquí que, apenas sus ojos se habían cerrado (tal parecióle á Perico) á las primeras caricias del más dulce de los sueños, despierta sobresaltado por la sacudida que le dió Basilio. Los ojos de Perico vieron la figura del importuno mientras el pensamiento contemplaba absorto la escena culminante de un drama en que Perico figuraba como protagonista; drama interrumpido acaso por la torpeza de los tramoyistas, quienes se hicieron un lío con las decoraciones y los efectos de luz. Partióse el escenario por dos decorados: uno, un bello jardín de un real palacio, donde danzaban aristocráticas parejas bajo la turbia luz de mil farolillos venecianos; otro, un modesto dormitorio de paredes encaladas y techo de desiguales vigas, oscuro, poco menos que en tinieblas, donde se dibujaba un bulto uniforme, que lo mismo podía ser el cuerpo de Basilio que un costal de harina,

-¿Qué hora es?—preguntó el dormilón, casi inconsciente y arrebujándose más con las frazadas.

—Las cuatro y cuarto, —contestó Basilio, el costal de harina ó lo que fuera aquel molesto bulto.

Perico estuvo dudando algunos momens tos en si decidirse por el jardín de los faroli llos venecianos ó por el cuarto oscuro.

El bulto habló otra vez.

- ¿Te arrepientes, eh?-dijo.

Al dormilón le entró una racha de amor propio que le hizo olvidar á los farolillos venecianos.

-No me arrepiento, -titubeó, echándose fuera de la cama y comenzando en seguida á dar diente con diente.

En la habitación entraba una rendijita de luz muy débil. Casi á tientas, buscó Perico su pantalón y en un periquete estuvo vestido con él y caizado con los gruesos zapatos de campo. Lavóse, después de mirar el agua del mismo modo que mirar debe un co merciante á una letra de cambio que tiene que hacer efectiva contra su deseo, acabándose de vestir inmediatamente y embutiéndose, al final, bajo el doble abrigo de su capote forrado de gruesa lana, después de encasquetarse hasta las orejas una gorra de pieles.

—Listos y andando, —dijo á su hermano, que le miraba con cierta estupefacción al verlo pertrecharse con tanta ropa.

Salieron tos dos del dormitorio, encaminándose á la cocina Allí estaban su padre, el viejo Antón y Félix, que le recibieron con sontisas y algunas palabras de jovial felicitación.

Vió Perico que en el hogar ardía una alegre llama y le faltó tiempo para acurrucarse junto al fuego como un gato. Su padre y Antón «preparaban las cestas» en silencio. Era necesario llevarse provisiones, porque no volverían hasta la noche. Y sacaban de la alacena los tiesos y fríos aren-

CEPAS Y OLIVOS -18

ques, el aceite, que hubo que acercar al fuego porque se había helado y era preciso cambiarlo de botella, el bacalao seco, las judías,
la sal, que colocaban en un canuto de caña terminado con un tapón de corcho....
Las puertas de la alacena rechinaban, al
abrirse y cerrarse, con quejido lastimero.
Acaso se quejaban de lo mismo que se que
jaba Perico allá en lo íntimo de su alma. No
se comprende cómo existen personas á quie
nes no les pesa el madrugar.

Antón fué al «sallé» á llenar de vino la panzuda bota y Juan partió con una hoz un pan moreno enorme. Basilio y Féliz tostaban en el hogar dos anchas «llescas.» Estaban ambos en caclillas, sosteniendo las largas «turradoras,» en cuyas puntas las dos rebanadas de pan se retorcían humeando.

Tostadas que estuvieron las «llescas», Basilio y Félix las rociaron con sal y aceite, comenzando á dar cuenta de ellas á dente llada limpia.

—¿Quieres?—dijo Félix á Perico, ofreeiéndole parte de la tostada.

No quiso Perico, que sólo tenía afición y gusto para el fuego. La llama abrazaba los resecos sarmientos, haciéndolos crujir y devorándolos rápidamente. Ardían estos sacando por los extremos una verdosa y bullentesaliva, retorciéndose desesperados, para caer al poco rato sobre la ardiente ceniza, desmenuzados por las llamaradas azules y rojas.

Trabajo le costaba á Perico levantarse de allí y dejar las suaves caricias del amoroso fuego, pero se resignó al sacrificio al oír la voz socarrona de su padre, que le decía:

-¿Vienes ó no vienes? Parece que no te entusiasma mucho el acompañarnos. Anoche te mostrabas más valiente.

Levantóse el «hereu» dirigiendo al hogar una triste mirada de despedida y todos bajaron á la entrada de la Masia. Iba delante Antón, llevando el candil, cuya luz oscilaba débil y temblorosa. Perico cerraba los ojos, sintiendo pesar sobre ellos las deliciosas reminiscencias de un sueño perdido....

Ya en la entrada del vetusto y enorme caserón, los cuatro payeses dedicaron algunos minutos á escoger las herramientas Ellos se movían con una naturalidad que asombraba á Perico. No se inquietaban lo más mínimo por el frío ni descubríase en sus movimientos el menor asomo de dulce pereza. En cambio, él no osaba ni despegar los labios, ni sacar las manos de los bolsillos del pantar lón, ni abrir del todo los ojos......

Las sombras de los cinco hombres se recortaban sobre la pared con inquietos y gigantescos perfiles.

—¡Eu marcha!—dijo Antón, embozándose en la manta y cargando con la herramienta y una de las dos cestas de provisiones.

Aviados todos, abrieron el portalón y salieron al campo, volviendo á cerrar la pesada puerta, lo cual se hizo entre malhumorados gruñidos de aldabas y bisagras

Emprendieron el camino. Delante iba Antón con los «arpiots» al hombro y colgada de ellos la cesta, que le descansaba sobre la espalda. Luego Juan, con el mismo tinglado, y después Basilio, Félix y Perico. To maron por la izquierda de la Masia, cara á Oriente, buscando la vereda de la Viñada. Perico tiritaba bajo su grueso abrigo y sentía que la tierra helada, brillante de escarcha, atravesaba la suela de sus zapatos, dejándole los pies hechos hielo ¡Qué bromitas tan pesadas tenía el invierno! ¡Y también

era capricho madrugar por gusto! ¡Maldito capricho! ¡Cuánto mejor estaría Perico en la cama, arropadito con las frazadas y soñando con el jardín de los farolillos venecianos! ¡Cualquier día repetía la broma!

Faltaba un buen rato para que amaneciera y el cielo extendía en lo alto un manto de oscuro azul, bordado de mil y mil estrellas. Aquellas estrellas blancas, luminosas, tembladoras, parecían aumentar el frío que resecaba la tierra. Las pisadas de los camisnantes sonaban como si andando fueran sobre un piso de madera. Caminaban entre olivos, cuyos bultos salían á la pálida luz de plata revestidos de adusta sombra.

—Estoy helado, —decía Perico á sus hermanos, apretando la cabeza sobre los hombros y las manos en el fondo de los bolsillos del abrigo.

-Si, -dijo Félix; -hace un frío «que pela.»

Pero andaba desenvueltamente, fumando y riendo, demostrando que el frío le tenía sin gran cuidado. Era Félix un muchachón de unos diez y siete años, fuerte y robusto, casi obeso, y en su ancha carota asomaba la sangre sana con vivos colores de rosa.

- No le temas al frío, -dijo Basilio á Perico; - esto no es nada. No hay que asustarse. ¡Si hubieras estado aquí el año pasado!

-¡Chico, pues sería cosa de morirse!

-No lo creas. A todo se acostumbra uno y á mí el frío me gusta más que el calor. ¿No hace frío en París?

— Mucho; pero allí no lo sentía tanto. Verdad es que tampoco nunca me levanté á las cuatro de la madrugada para darme estos paseos.

- Oye, tú, -dijo Félix á Perico, -En París no se beberá vino bueno ¿verdad?

-Hombre, sí se bebe bueno. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada....porque me parece que, en una ciudad tau grande, no puede haber buen vino, y donde no haya buen vino....¡allí si que no se puedo vivir!

-Bien se conoce que eres un bebedor in-

corregible, Félix.

—Pero no soy borracho; no me he emborrachado nunca. Me gusta el vino tanto como á tí deben gustarte las buenas hembras, tanto como

-¡Cállate, Félix!-murmuró Basilio en

voz baja.—A ver si te oye padre y...; Demontre con el muchacho! ... Habla de ciertas cosas como si ya fuera un hombre.

Mientras hablan los tres hermanos, escapábanse de sus bocas espesos soplos de alient to, que se confundían con el humo del cigarro que fumaba Félix. Habían dejado los olivos y caminaban por una estrecha cuen ca, en cuyo piso dejaron las ruedas de los carros anchos y profundos baches. La cuenca se acabó pronto, y para buscar la «drasera,» tuvieron que atravesar una viña de no poca extensión. A Perico se le enredaban los pies entre las cepas y andaba dando fre cuentes tropezones. Allí la tierra era blanda y los pies de los caminantes se hundían, dejando claras las huellas de sus pisadas. An tón y Juan iban muy avanzados, poco menos que perdidos, y los tres jóvenes los seguían más que por el bulto, por las señales que dejaban sus pies en el blanducho suelo.

En el cielo se inició una lenta metamórfosis. Lo azul tirando á negro, hízose más transparente y algunas de las parpadeantes estrellas apagáronse con estremecimientos convulsivos, perdiendo las otras notable parte de su plateado brillo. Anunciaban su retirada con agonizantes é inciertos destellos; parecían proyectar un «¡Adios!» mudo y sentimental, como el último que se dan los enamorados verdaderos. Marchábanse una á una, con lentitud, resignadamente, echando á la tierra una mirada tríste, me lancólica, para cerrar luego su párpado y esconderse entre el infinito azul. La luz aumentaba, hacíase poco á poco más clara y más fría. Era una oleada de impalpable hielo que al extenderse en las alturas, enviaba á la tierra su aliento congelado y mortal.

Las viñas comenzaron á distinguirse en parte de su monótona extención. Eran siem pre las inmensas sábanas limpias de verde, con negros y desiguales rasguños, esfumadas entre el vaporoso manto gris de la espesa niebla. Parecían despertar de un largo sueño con gesto huraño y bostezo largo, muy largo, interminable.

Por entre la niebla gris, pareció espatramarse un polvillo luminoso, dorado, y en el cielo, algunas manchas rojas anunciaron la llegada del soberano sol. La naturaleza parecía desperezarse sin moverse. Estaban la yerba tau mustia y la tierra tau dura, que si la luz parecía traerlas un saludo de vida, el frío caía sobre yerba, árboles y tierra, con un soplo de muerte. Era un despertar de paralítico, que se contenta con sólo abrir los ojos. Las manchas rojas del cielo se deshicieron en briznas de esplendente luz y la niebla fué disipándose, perdiéndose en lo lejano de los altos montes en grandiosas y voladoras espirales.

Jnan y Antón iban cada momento más avanzados de los tres hermanos. Estos llegaron á una hondonada, por donde se cruza ba un regato bastante ancho, con pretensiones de río. Unfa las dos orillas un miserable puente hecho con cañas y barro. El regato estaba helado y al pasar por el puente los tres hermanos, Félix alargó una pierna, dando un fuerte golpe con el pie sobre el hielo del regato. Rompióse el cristal, saliendo á la superficie una burbuja de agua que bañó el pie travieso de Félix.

—¡Pero, muchacho! – gritó Perico poco menosque horrorizado. —¿Estás loco? ¡V que el agua debe estar templadita!

Féiix sacudióse con fuerza el pie bañado

147

y continuó el camino diciendo, mientras reia:

JOSE ESCOFET-

-: Bah, de poco te asustas! Esto es nada....¡Si vieras qué calientita está el agua! - Lo doy por visto. ¡Vaya unos gustos!

-Déjalo, -dijo Basilio á su hermano mayor; -éste es de hierro y nada le hace nada. Es muy bruto.

-El bruto lo serás tú,-gruñó Félix, mirando á Basilio con enojo. - Yo hago lo que me da la gana y á nadie le importa una guinda

-A ver si te callas, mocoso.... ó te suelto un sopapo que te hace entrar en calor.

-A mí.....

Perico intervino, poniendo paz entre los dos contrincantes.

-¡Ea, á callar! -gritó -¡Qué es esto? ¡Sois hermanos ó sois dos extraños matones? ¡Vaya una educación y vaya un cariño!

Un agudo silbido que bajaba de lo alto de un cerro próximo, hizo apresurar el paso á los tres hermanos. Les llamaba su padre y andaban muy rezagados. Seguían por la orilla del regato teniendo que saltar frecuentes mente charcas heladas y salvar peñascos de escasa altura. Llegaron al cerro y comenza-

ron á subir casi gateando por los riscos y raigones del empinado caminejo Era éste una ranpa resbaladiza, de muy difícil ascención. A Perico se le había quitado el frío y sudaba. Preguntó á sus hermanos si faltaba mucho más camino y le contestaron que no, que la viña de Contralven estaba muy cerca. El sol, ya duefio absoluto de las alturas, inundaba de luz esplendorosa cumbres y valles y toda la naturaleza sonreía, aunque con sonrisa de vieja cansada. Cuando Perico, Basilio y Félix se reunieron con su padre y Antón en lo alto del cerro, dijo Juan al mayor de sus hijos.

¡Tienes frío?

- Sólo en las manos, -contestó Perico;las tengo heladas.

Desde lo alto del cerro, descubríase un panorama magnífico, encantador. Por el Sur, se dominaba el espléndido valle del arrabal de Villera en toda su extensión. La villa aparecía empequeñecida por la distancia y el color blanco de sus casas se le antojó á Perico el último girón de la pasada niebla que se adelgazaba, alargándose en caprichoso culebreo. Por el Norte, estaba la cordillera de apiñadas montañas, y separada de ellas, sola, hacia el Este, la de Monserrat, de un color ceniciento y con sus peñas uniformes como colosales monigotes. Al Oeste, bajo un pabellón de quebrados peñascos y entre una ringlera de álamos, mimbres y cañas de reseco penacho, corría el Noya de agua amarillenta y bulliciosa, jugueteando con graciosos escarceos y saltando desniveles con infantil algazara El ruido del agua llegaba hasta donde se encontraban Perico y sus acompañantes confuso, profundo. No podía precisarse si era el agua ó el viento lo que aquel susurro misterioso producía.

Perico preguntó qué cosa era aquello que tanta bulla armaba.

- Es el Noya, —contestó el viejo Antón, que viene bueno, como hay Dios. Seguramente, ha llovido mucho por el lado de Vallbona.

-¿Y la viña de Contralven dónde está?-siguió preguntando Perico.

—En ella estamos, —dijo Juan, extendiendo el brazo para señalar toda la extensión del cerro; —todo esto que ves ahí es la viña, ¡Buen terreno! En estas viñas montañosas se da un tinto como no lo bebe ni el obispo...

Hay que plantarla de nuevo. La maldita filoxera lo arrasó todo. ¡Recanóns con la filoxera!.....

Perico volvió á sentir frío y todos se encaminaron á la barraca para encender fuego. La barraca es una choza que todas las viñas tienen para resguardarse en ella de la lluvia los campesinos, cuando la lluvia en la viña les sorprende. A la barraca llegaron todos los que con Perico iban y en seguida se procedió á encender una fogata con cepas y yerbajos resecos. Pronto ardió la alegre llama que Perico contempló entusiasmado, pues comenzaba á acariciarle el cuerpo con su amoroso y reconstituyente calor.

-¿Tienes hambre?-preguntó Juan á Perico.

—Sí,—contestó éste, pasando y repasando sus manos por entre la llama;—el mucho y poco acostumbrado camino me ha abierto el apetito.

Todos preparaban el arenque y la «llesca» de pan. Era el desayuno eterno. Y Félix, mientras apartaba con los dedos mojados de saliva algunas brasas para tostar el sala dísimo pescado, dijo á Perico: